



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Ricardo Rojas: decano y rector

Autor: Buchbinder, Pablo

Forma sugerida de citar: Buchbinder, P. (2022). Ricardo Rojas: decano y rector. *Cuadernos Americanos*, 4(182), 27-55.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XXXVI, núm. 182, (octubre-diciembre de 2022).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el  
Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# Ricardo Rojas: decano y rector

Por *Pablo* BUCHBINDER\*

## *Introducción*

LA OBRA Y LA TRAYECTORIA INTELECTUAL Y POLÍTICA de Ricardo Rojas han sido, en los últimos tiempos, objeto de diversos estudios. Graciela Ferrás publicó hace pocos años un extenso trabajo dedicado a estudiar la evolución tanto de su pensamiento como de su figura en las dos dimensiones antes señaladas. Analizó los rasgos sustantivos de su perspectiva en torno al problema de la nación. Subrayó así el hecho de que Rojas la concibiera desde una cultura mixta ligada a la dimensión territorial y pensada desde la integración, tanto del indígena americano como del extranjero europeo. Sylvia Saítta, por su parte, exploró el proceso de formación de la cátedra de Literatura Argentina que Rojas mismo inauguró en 1913. Fernando Devoto, en dos volúmenes (el primero de ellos en colaboración con María Inés Barbero), analizó su lugar en la trayectoria de las ideas nacionalistas. En este contexto destacó la adscripción de Rojas a un nacionalismo democrático, laico, con una fuerte raíz liberal, inspirado en las tradiciones políticas francesas de la Tercera República y alejado, además, de las orientaciones xenófobas y conservadoras que caracterizarían a las vertientes denominadas por la historiografía justamente como “nacionalistas” y que surgieron en la Argentina de la década de los años veinte. Una orientación similar puede advertirse en el trabajo de Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, quienes inscribieron a Rojas en la tradición de un nacionalismo cultural e ideológico previo al que se desarrollara también desde fines de los veinte con una impronta más propiamente política.<sup>1</sup>

---

\* Profesor de la Universidad de Buenos Aires, Argentina; e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani de la misma institución; e-mail: <pbuchbinder@cbc.uba.ar>.

<sup>1</sup> Graciela Ferrás, *Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia*, Buenos Aires, Eudeba, 2017; María Inés Barbero y Fernando Devoto, *Los nacionalistas, 1910-1932*, Buenos Aires, CEAL, 1983; Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Carlos Payá y Eduardo Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*,

Figura central del mundo cultural y educativo de las primeras décadas del siglo xx, Rojas fue, durante esa etapa, seguramente el primero y principal historiador de la literatura argentina.<sup>2</sup> Autor, entre otras obras, de dos célebres biografías, una de José de San Martín, bajo el título *El Santo de la Espada*, y otra de Domingo F. Sarmiento, titulada *El Profeta de la Pampa*, que postularon nuevas formas para pensar las trayectorias de las figuras centrales del siglo xix argentino y gozaron de un notable reconocimiento público.<sup>3</sup> Tuvo, además, desde los años treinta, una participación activa en la Unión Cívica Radical, e incluso intervino de modo influyente en definiciones doctrinarias del partido.

Asimismo Rojas fue un destacado protagonista de la vida universitaria desde fines de la primera década del siglo xx, a partir de su designación como profesor en la Universidad Nacional de La Plata, hasta diciembre de 1946 cuando, en un contexto de hostigamiento a profesores opositores por parte del gobierno de Juan Domingo Perón, se vio obligado a abandonar los claustros. En los años veinte, en la década posterior a su nombramiento como profesor de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y a la escritura de su *Historia de la literatura argentina*, pero anterior a su incorporación activa a la vida político-partidaria, desempeñó cargos de notable importancia institucional en esa casa de altos estudios. Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras desde fines del año 1921 hasta octubre de 1924. En marzo de 1926 asumió el rectorado, que desempeñó por cuatro años y en el que lo sucedió el ingeniero Enrique Butty. Tanto su gestión académica como sus ideas sobre el papel y función de la Universidad son quizás algunas de las facetas menos estudiadas de su vida. Justamente el objetivo de este trabajo consiste en proponer una serie de líneas para el estudio de su trayectoria como autoridad académica y de

---

Buenos Aires, Peña Lillo, 1978; Sylvia Saítta, “En torno a los 100 años de la cátedra de Literatura Argentina”, ponencia en el V Congreso Internacional de Letras, organizado por el Departamento de Letras-Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 27 de noviembre al 1º de diciembre de 2012, en DE: <<http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/CIL/V-2012/paper/viewFile/2479/1641>>.

<sup>2</sup> La *Historia de la literatura argentina: ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* de Ricardo Rojas se publicó en 4 tomos entre 1917 y 1922. El primero de ellos bajo el título de *Los gauchescos* fue publicado justamente en 1917 por Coni Hermanos.

<sup>3</sup> Ricardo Rojas, *El Santo de la Espada*, Buenos Aires, Librerías Anaconda, 1933; y *El Profeta de la Pampa*, Buenos Aires, Losada, 1945.

sus perspectivas sobre las instituciones de educación superior, en pensar la acción de Rojas en este sentido y en diálogo con el contexto tanto político como universitario más general en el que debió actuar.

*En el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras  
de la Universidad de Buenos Aires*

**ROJAS** gozó de un reconocimiento notable en el mundo cultural porteño casi desde su arribo a la capital proveniente de Santiago del Estero, donde había transcurrido la mayor parte de su infancia y adolescencia. Periodista en *El País*, en *Caras y Caretas* y en *La Nación*, se convertiría rápidamente en un personaje ampliamente conocido entre los cultores de las disciplinas humanísticas. Perteneciente, como se ha señalado en repetidas oportunidades, a una reconocida familia de aquella provincia (su padre fue gobernador), llegó a Buenos Aires en 1899 con la intención de seguir estudios en la Facultad de Derecho, que abandonó rápidamente para concentrarse en el periodismo, el ensayo y los estudios literarios. Por otra parte, y como ha subrayado Fernando Devoto, los aceitados vínculos que, en gran medida por razones familiares, conservaba con figuras influyentes del Antiguo Régimen le permitieron relacionarse con el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.<sup>4</sup> Posiblemente, los lazos establecidos con Joaquín V. González, presidente de la Universidad Nacional de La Plata, facilitaron su designación en 1908 como responsable de la cátedra de Literatura Castellana en esa casa de estudios. En 1913 fue nombrado, como hemos destacado, profesor titular de la recientemente creada cátedra de Literatura Argentina. De este modo, se confirmaba su ingreso formal por “la puerta grande” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Ocho años después sería designado decano al suceder al médico y filósofo Alejandro Korn, primero en resultar electo luego de la Reforma Universitaria de 1918. Consideramos que esta circunstancia debe ser especialmente subrayada. Rojas desempeñó los cargos de decano y rector en los años veinte, que constituyeron también la época de oro del reformismo universitario. Las insti-

<sup>4</sup> Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo* [n. 1], p. 37.

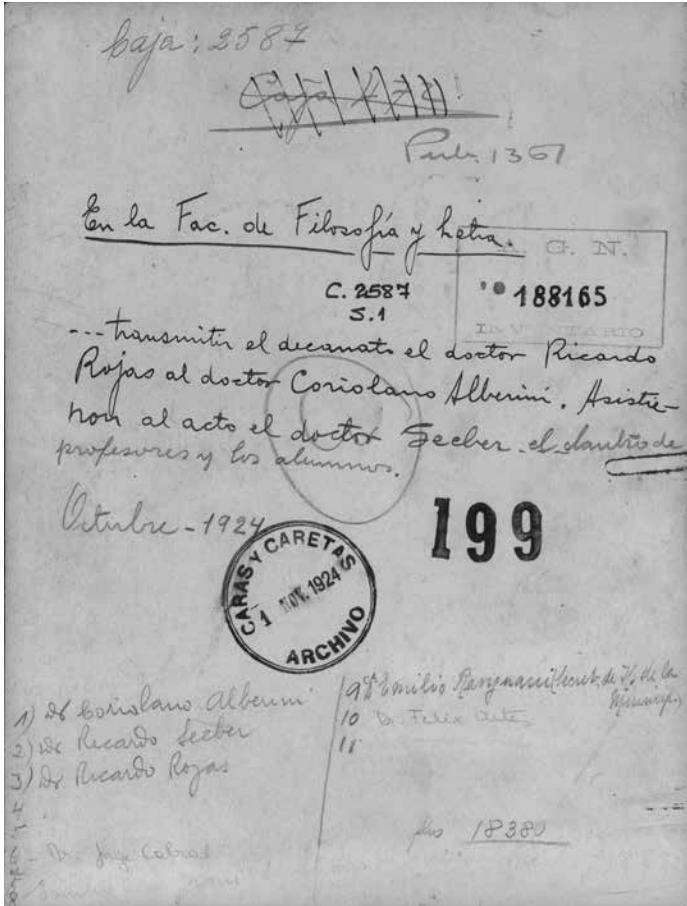
Imagen 1



Fotografía del acto de transmisión del Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de Ricardo Rojas a Coriolano Alberini, octubre de 1924. Rojas aparece señalado con el número 3 y Alberini con el número 1.

Fuente: Archivo General de la Nación, Argentina.

Imagen 2



Reverso de la fotografía anterior.

tuciones reformistas entrarían en crisis luego del golpe militar de septiembre de 1930 y sobre todo desde el ascenso del peronismo al poder a mediados de la década de 1940. Cabe destacar que su elección como decano fue producto de la voluntad y los acuerdos mayoritarios alcanzados por profesores y estudiantes. La participación de estos últimos en la construcción del gobierno universitario se había legitimado como resultado del movimiento iniciado en Córdoba en 1918. Cabría señalar además que Rojas ocupó cargos de gobierno universitario en un periodo de gran prosperidad en términos económicos y de estabilidad política, como fueron los años centrales de la década de 1920, cuando Argentina consolidó su papel como exportador de bienes primarios.

Aun cuando su designación como profesor titular en Filosofía y Letras databa de 1913, Rojas ya había dedicado varios pasajes de sus obras a reflexionar sobre esta institución, sus funciones y el papel que le cabía en una sociedad como la argentina, conmocionada por el impacto del fenómeno migratorio y de un crecimiento económico con escasos precedentes en el mundo. A la vez, dichas reflexiones se enmarcaban en un contexto más amplio de la educación y la situación de las universidades en particular. En 1914, invitado a dictar tres conferencias por las autoridades de la recientemente constituida Universidad Nacional de Tucumán, sostendría que la UBA experimentaba una profunda crisis, ya que las orientaciones profesionalistas imperantes la habían fragmentado en diversas escuelas independientes unas de las otras.<sup>5</sup> Estas tendencias utilitarias habían obstaculizado el desenvolvimiento del ideal de la “especulación desinteresada”. Cada una de las facultades se había convertido en oficinas “más o menos escrupulosas para la expedición de sus diplomas”. Semejante constatación lo llevaba a afirmar que esa casa de estudios no conformaba una auténtica Universidad. Una estructura de tales características no estaba en condiciones de albergar las especulaciones de la alta cultura ni podría brindar soluciones para resolver los nuevos y acuciantes problemas que aquejaban a la sociedad argentina. Para Rojas, la Universidad debía transformarse en el lugar de construcción de una auténtica

---

<sup>5</sup> Cuando nos referimos a las tendencias profesionalistas de las casas de altos estudios intentamos subrayar su orientación casi exclusiva hacia la formación de profesionales liberales, en particular médicos y abogados.



cultura nacional para lo cual era necesario superar el “dogmatismo autoritario, la vanidad doctoral y el experimentalismo pedante” que impregnaba la vida de las instituciones universitarias del país.<sup>6</sup>

El diagnóstico de Rojas era compartido, con matices, por muchos otros intelectuales de la Argentina de principios de siglo y él mismo ya había vertido conceptos de esta naturaleza en textos anteriores. Desde este tipo de perspectivas, la sociedad adolecía de una aguda falta de cohesión y solidaridad espiritual. Experimentaba una severa crisis de identidad —que se traducía también en una fuerte crisis moral— asociada en gran medida a la fuerza del fenómeno migratorio y a la dinámica del crecimiento económico. Revertir esta situación exigía un fuerte compromiso del sector educativo, sobre todo de la escuela primaria, responsable de difundir los principios de la identidad colectiva. Pero debido a su orientación fuertemente pragmática y utilitarista, la escuela no se encontraba en condiciones de cumplir tal función. El correlato de la orientación utilitarista en el nivel superior era, justamente, el profesionalismo.

Argumentos de este tipo habían sido desplegados por Rojas en *La restauración nacionalista*, un extenso informe sobre la enseñanza de la historia en Europa solicitado por las autoridades del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.<sup>7</sup> El estudio, como él mismo lo señaló, tenía como objeto proponer reformas en el régimen de enseñanza de la historia, pero más que eso, su tema era el de las humanidades modernas, entre las que comprendía no sólo a la historia sino también a la geografía, la moral y el idioma. Se trataba de dar a “nuestro pueblo de inmigración”, a través de aquéllas, una conciencia social que pudiese hacer de Argentina una comunidad creadora de cultura.

Como hemos señalado, en el centro de *La restauración nacionalista* estaba la profunda crisis moral, producto del cosmopolitismo, que signaba a la sociedad. Se hacía sentir entonces la ausencia de valores espirituales y vínculos que permitieran la constitución de una auténtica comunidad. El individualismo materialista propio

---

<sup>6</sup> Ricardo Rojas, “Segunda conferencia”, en *id.*, *La Universidad de Tucumán: tres conferencias*, Buenos Aires, Librería Argentina de Enrique García, 1915, pp. 57-100.

<sup>7</sup> Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909; por indicación del Ministerio de Instrucción Pública, Rojas llevó a cabo un extenso viaje por varios países de Europa con el propósito de analizar el sistema de educación histórica del continente.

de la sociedad argentina sólo podía ser contrarrestado a través de una educación básica que transmitiese dichos principios de cohesión que identificaban a las naciones modernas. Pero el espíritu utilitarista que primaba en la educación inhibía esos procesos. Por otro lado, un problema fundamental que aquejaba al sistema de educación primaria era, además de la fuerte presencia de escuelas extranjeras, el hecho de que los planes de estudio y los textos de enseñanza fueran traducciones de libros foráneos. Como ha señalado Fernando Degiovanni, en esta obra Rojas se planteaba el problema de cómo cohesionar a una población heterogénea a partir de valores y símbolos políticos. En definitiva, correspondía al Estado llevar a cabo el programa de homogeneización a través del sistema escolar.<sup>8</sup>

En *La restauración nacionalista* Rojas postulaba una reforma de los programas de educación básica que permitiera superar la profunda crisis moral de la sociedad. El problema fundamental que había inspirado el informe era la necesidad de la “argentinización” del sistema escolar. Pero tal objetivo, realizable en principio a través de la enseñanza de la historia y de las humanidades en general, requería previamente de un corpus de conocimientos sobre los problemas nacionales, tarea que podría interpretarse de necesaria creación más que de auténtico descubrimiento. Sólo sobre dicha base sería posible modificar los materiales de enseñanza. En este marco Rojas ya se refería a la función que correspondía a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, creada en 1896. En la obra de restauración histórica que proponía, ésta debería prestar capitales servicios. En el mismo texto hizo una síntesis de los aportes de la institución, sobre todo en el campo de la historia, a través de su Sección de Investigaciones Históricas, inaugurada en 1905. Pero además destacó que para cumplir con éxito el papel que le asignaba la reforma educativa debía afrontar dos desafíos. Por un lado, acentuar el carácter nacional de su enseñanza y, por otro, superar la hostilidad que un organismo consagrado a las especulaciones intelectuales y a la producción científica generaba en un mundo universitario centrado casi exclusivamente en la formación de profesionales liberales. De todos modos, las resoluciones aprobadas

---

<sup>8</sup> Fernando Degiovanni, *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2008.

por las autoridades de la facultad iban en ese sentido. Rojas reclamaba que se le otorgasen a la institución la libertad y los recursos necesarios para cumplir su misión en términos del fortalecimiento de la cultura histórica y filosófica. Postulaba además conceder un lugar de privilegio en este proceso de reconstrucción a una Escuela de Historia que proponía fundar en la misma facultad. En síntesis, ésta debía convertirse en el centro de un vigoroso movimiento científico de carácter nacional que en sus estudios diera prioridad a los fenómenos argentinos. La preocupación por afirmar el lugar de la Facultad de Filosofía y Letras en el contexto de la dinámica y cambiante sociedad rioplatense de las primeras décadas del siglo xx —y sobre todo en un mundo universitario centrado en la expedición de los títulos profesionales— acompañaría a Rojas por años y con frecuencia fue expresada en sus intervenciones mientras ejerció el decanato.

La facultad logró sobrevivir a pesar del ambiente hostil en el que creció durante sus primeros años. Si bien la necesidad de su creación había sido admitida por autoridades políticas y académicas al comenzar la última década del siglo xix, el escaso número de alumnos que congregó en sus inicios provocó que, en más de una oportunidad, afrontara amenazas de cierre. Rojas fue siempre un apasionado defensor de la necesidad de conservar una facultad dedicada a los estudios “desinteresados”, en el contexto de la intensamente “materialista” y “cosmopolita” sociedad argentina. Cuando en 1921, por invitación del Consejo Directivo y el Centro de Estudiantes, llevó a cabo una breve exposición de la historia de la facultad, subrayó el papel que la filosofía, la historia y el arte habían ejercido en los pueblos que llegaron a ser protagonistas de la civilización. En este contexto resaltó que dicha facultad llevara quince años luchando contra la indiferencia del medio universitario y que aun en esas circunstancias había logrado cumplir con sus principales objetivos: convertirse en una escuela para la formación del profesorado, un centro activo para la extensión universitaria y un ámbito para la investigación científica.<sup>9</sup> Ya entonces, la preocupación por la construcción de este corpus de conocimientos

---

<sup>9</sup> Ricardo Rojas, “La Universidad y la cultura argentina”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras. Documentos del Decanato (1921-1924)*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1924, pp. 295-326.

sobre la arqueología, la historia y la literatura nacional aparecía en un marco signado por nuevos planes y proyectos. Desde fines de 1921 los mismos debían ser llevados a cabo no desde el lugar del observador crítico sino de quien había asumido la máxima responsabilidad en el gobierno de la institución que, además, en función de sus marcos normativos contaba con un grado considerable de autonomía.

*Ricardo Rojas y la institucionalización  
universitaria de la actividad científica*

LA creación de conocimiento sobre la historia, el idioma, la literatura nacional y la etnología requería, sostendría Rojas, de organismos adecuados y específicos. La facultad, fundada en 1896, contaba ya desde 1904 con el Museo Etnográfico, destinado a impulsar la investigación y a resguardar las colecciones arqueológicas que la institución recibía en donación. A este museo se agregarían a partir de 1905 las secciones de trabajos científicos en historia, etnografía y geografía. Luego de la Reforma de 1918, la UBA experimentó un intenso proceso de institucionalización de la actividad científica que tuvo en la Facultad de Filosofía y Letras uno de sus escenarios principales. Dieciséis institutos se crearían en el marco de la facultad entre 1921 y 1942. El reformismo procuraba, de este modo, cumplir con uno de los objetivos que animaba a algunas de sus fracciones que deseaban transformar radicalmente la vida universitaria dejando atrás las obsesiones por los títulos profesionales. En 1919 Bernardo Houssay reorganizó el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina. En este lugar se llevaría a cabo la mayor parte de las investigaciones que le permitirían obtener el Premio Nobel de Medicina en 1947. En 1921, la Sección de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras fue transformada en instituto a partir de una resolución del Consejo Superior. Ya por entonces su dirección estaba a cargo de Emilio Ravignani, con quien Rojas compartiría desde los años treinta la participación política en la Unión Cívica Radical. Pero además, durante su decanato, Rojas mismo propició la creación de dos nuevos institutos y la formación de dos gabinetes sobre los cuales, años después, se crearían a su vez otros institutos. Durante su gestión al frente

de la facultad se creó el Gabinete de Historia de la Civilización, que estaría a cargo del historiador del mundo clásico Clemente Ricci —años más tarde se transformaría en el Instituto de Historia Antigua y Medieval que actualmente lleva el nombre de José Luis Romero—, y el de Historia del Arte que también con el paso del tiempo se convertiría en instituto.

La creación de nuevos institutos y gabinetes fue propuesta por Rojas en el mismo acto de asunción como decano. Allí señaló que uno de los propósitos que animaría su tarea de gobierno consistía en que la facultad completase su organización mediante la creación de nuevos espacios para la investigación. De ese modo, sostenía, podría definir su triple función en los ya mencionados ámbitos de la docencia profesional, la investigación científica y la extensión universitaria. Al inaugurar los cursos correspondientes a 1923, insistiría en que la institución no debería reducirse al dictado de sus lecciones internas sino que debía “fomentar la investigación, familiarizando a los alumnos con los métodos creadores de la ciencia”. Ésta era un ámbito particularmente propicio para que articularan sus esfuerzos maestros y alumnos.<sup>10</sup>

Durante el decanato de Rojas se crearon, además de los gabinetes ya mencionados, el Instituto de Literatura Argentina y el de Filología.<sup>11</sup> Ambos estaban asociados a su proyecto de configuración de la Facultad de Filosofía y Letras como un centro necesario para la formación de la conciencia nacional, cuyo perfil había esbozado en *La restauración nacionalista*. Al inaugurar el Instituto de Filología en junio de 1923 sostendría que la fundación del organismo se inscribía en la misión histórica que asignaba a la facultad, que estaba llamada a “superar las tendencias utilitarias

---

<sup>10</sup> Rojas, “Discurso inaugural”, en *ibid.*, pp. 89-98.

<sup>11</sup> Fernando Degiovanni y Guillermo Toscano y García han señalado que el proyecto de Ravnignani y Rojas —a diferencia del que, con el mismo objetivo, presentó Coriolano Alberini— postulaba la creación de un Instituto de Lingüística, denominación que llevaría oficialmente hasta 1940 cuando Amado Alonso, ya por entonces su director, solicitase la sustitución del nombre original por el de Instituto de Filología. Las publicaciones originales del instituto, de todos modos, ya llevaban esa última denominación, véase Fernando Degiovanni y Guillermo Toscano y García, “Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la Filología en la Argentina”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (El Colegio de México), vol. LVIII, núm. 1 (2010), pp. 191-213.

de nuestro ambiente, mediante una concepción más noble de la ciencia, de la nacionalidad y de la vida”.<sup>12</sup>

La puesta en funcionamiento de ambos institutos exigía afrontar desafíos complejos. Uno de ellos era construir un patrimonio en términos bibliográficos y documentales. Además, había que organizar un plan de tareas cuyo objetivo final, en ambos casos, era la publicación de series de trabajos científicos. En el caso del primero de los institutos, en su discurso de inauguración de las clases del año 1923, señaló que había gestionado del Congreso Nacional la cesión del Archivo de Juan María Gutiérrez, y del Consejo Nacional de Educación la del acervo folklórico que había sido recopilado a lo largo y ancho del país por los maestros de escuelas rurales. Sobre esa base aspiraba a construir su fondo documental.<sup>13</sup>

Rojas destacó que había prometido fundar el Instituto de Filología cuando llegase al decanato. La ordenanza original de creación, de junio de 1922, inspirada en un proyecto de Coriolano Alberini primero y luego en uno de su autoría junto a Emilio Ravignani, definió para el instituto un área de trabajo que incluía los estudios de lingüística general, de lingüística romance, de evolución del castellano en América y de lingüística indígena.<sup>14</sup> Pero la organización de un instituto con estas características exigía resolver problemas y afrontar desafíos distintos a los del Instituto de Literatura Argentina. La preocupación por el idioma y la lengua se había profundizado desde principios de siglo al calor de las transformaciones que la inmigración masiva había generado en la sociedad. Las polémicas en torno a cuál debía ser la orientación del idioma nacional cobraron actualidad y signaron gran parte del debate público de aquellos años. El estudio de las lenguas, en particular las indígenas, formaba parte de las inquietudes de Rojas desde tiempo atrás asociado también a su concepción de la nacionalidad. Asimismo, es preciso señalar que los estudios filológicos requerían conocimientos técnicos y académicos relativamente complejos y era difícil encontrar en el país especialistas en la materia. Para resolver este problema, Rojas apeló a la figura de Ramón Menéndez Pidal,

---

<sup>12</sup> Ricardo Rojas, “Discurso del decano al inaugurar el Instituto de Filología”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras* [n. 9], pp. 89-98.

<sup>13</sup> Ricardo Rojas, “Informe leído al inaugurar el curso de 1923”, en *ibid.*, pp. 22-39.

<sup>14</sup> Ricardo Rojas, “Ordenanza sobre creación del Instituto de Filología”, en *ibid.*, pp. 83-84.

principal representante de la escuela de filología española y director del Centro de Estudios Históricos dependiente de la Junta de Ampliación de Estudios. En una carta que le dirigió en septiembre de 1922 le informó que el instituto tendría por objeto el estudio del castellano y que el “plan de trabajos científicos” comprendería “no sólo cuanto es allí de esta especialidad, sino los temas nuevos que en nuestro país se ofrecen en razón de la poliglotía indígena y del cosmopolitismo actual”.<sup>15</sup>

Como ha señalado Miranda Lida, el Instituto de Filología fue fundado con el propósito de que tuviese un papel fundamental en la investigación lingüística en una Argentina signada por el impacto de las oleadas migratorias que habían modificado sustantivamente las formas del habla y la escritura, sobre todo entre los sectores populares. En estos debates se habían involucrado de modo intenso actores tanto del mundo de la política como de la vida cultural en general. Como ha destacado acertadamente Lida, el instituto fue concebido tanto para llevar a cabo una labor científica siguiendo los parámetros del desarrollo de la filología y la lingüística modernas como para convertirse en un organismo de referencia en la consulta de textos escolares y programas de estudio. En su primera etapa de desarrollo, hasta mediados de los años cuarenta, gozaría además de una notable influencia en la vida pública y cultural no sólo nacional sino también hispanoamericana.<sup>16</sup> La idea de situarlo bajo la tutela de Ramón Menéndez Pidal y la escuela de filología española provino aparentemente del mismo Rojas. Éste se dirigió a Menéndez Pidal, como ya señalamos, con el propósito no sólo de lograr su apoyo sino de solicitarle la recomendación de un especialista para la organización y dirección del instituto.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> Ricardo Rojas, “Gestiones del decano para contratar al primer director del instituto”, en *ibid.*, pp. 84-86.

<sup>16</sup> Miranda Lida, *Amado Alonso en la Argentina: una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2019.

<sup>17</sup> Véase la carta a Ramón Menéndez Pidal sobre la contratación de un director para el instituto en Rojas, “Gestiones del decano para contratar el primer director del instituto”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras* [n. 9], pp. 84-86.

Imagen 3



Fotografía de Ricardo Rojas en el almuerzo de camaradería del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras, diciembre de 1932. Rojas aparece señalado con el número 2.  
Fuente: Archivo General de la Nación, Argentina.



Imagen 4

2 D<sup>o</sup> Ricardo Rojas  
1 Prof José Rezzano  
3 D<sup>o</sup> Giovanni Alberini (Decano de la Facultad de Filosofía y Letras)  
4 Roberto Giusti (Diputado Nacional Fed.)  
Prof. Francisco Chelva

colección de fotografías  
Zona Colef 7  
1 de 178

Excmo. Sr. D. G. IV.  
N.º 188954  
BIBLIOTECA  
Bl. 12446  
C. 2587  
S. 1

Disiembre 1931  
Sr. de Filosofía y Letras  
Cuerpo de alumnos de carrera  
del Colegio de Estudios de la

1887

Reverso de la fotografía anterior.

*Ricardo Rojas, la UBA y las redes académicas transnacionales de los años veinte*

No fue casual que Rojas buscara en España a los responsables de organizar el Instituto de Filología. Tal vez pueda inscribirse esta circunstancia en el marco de un proceso de internacionalización que la facultad y la UBA en su conjunto experimentaron durante los años veinte y que ha sido escasamente estudiado. No era extraño, durante esos años, encontrar en las aulas universitarias porteñas a académicos de distinto origen, sobre todo españoles y franceses, dictando clases y especialmente conferencias abiertas al gran público. La UBA y en particular su Facultad de Filosofía y Letras se incorporaron a un movimiento global de circulación de académicos y de profesores universitarios que fue propio del mundo de la primera posguerra. En la articulación de esos mecanismos Rojas cumpliría un papel central.

Estas prácticas reconocían sus orígenes en iniciativas que databan de los primeros años de la segunda década del siglo cuando las autoridades de la UBA firmaron un acuerdo de intercambio de profesores con sus símiles de la Universidad de París. El inicio de la guerra en 1914 clausuró provisoriamente este ensayo y el espacio que los franceses dejaron vacante fue ocupado sobre todo por españoles. En 1913 se creó la Institución Cultural Española, por iniciativa de la Asociación Patriótica Española, organización que agrupaba a la mayor parte de los residentes peninsulares en Argentina. La cátedra fue inaugurada por el mencionado Ramón Menéndez Pidal en 1914. En 1916 fue ocupada por José Ortega y Gasset, quien dictó varias conferencias en la facultad. La Institución Cultural auspició de algún modo la creación del Instituto de Filología en 1922 y contribuyó a difundir las actividades de sus primeros directores, que también eran de origen español. A partir de ese año, las visitas de profesores cobrarían un nuevo impulso con la creación del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires y de la Institución Cultural Argentino-Germánica. Más tarde se sumarían el Instituto Argentino de Cultura Itálica y la Institución Cultural Argentino-Norteamericana. Estas instituciones se asociaron a la UBA para financiar de modo conjunto la visita de académicos y profesores universitarios de sus países. Con tal propósito gestionaron

y obtuvieron el llamado “patronato” de la UBA. En estas iniciativas también Rojas cumplió un papel relevante ya que fue quien propuso, como consejero superior, otorgar dicho patronato al Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires. El acto asociaba formalmente el Instituto a la UBA y esta última se comprometía con el pago de los honorarios por las conferencias que los profesores franceses dictarían en Buenos Aires. De todas formas, Rojas expresaría sus prevenciones en relación con la contribución que estos vínculos podían aportar a la dinámica del complejo mundo universitario y cultural de Argentina. Señaló entonces que el país pretendía tener “autonomía política y espiritual”. Al mismo tiempo reclamaba reciprocidad en el vínculo al manifestar que esperaba que “Francia no sólo demuestre su deseo de enseñarnos sino también una gran voluntad de conocernos”.<sup>18</sup>

La relación con los académicos y científicos españoles fue privilegiada, como ya señalamos, posiblemente en este contexto junto a la de los franceses. Por otro lado, la decisión de Rojas de elegir como interlocutor a Menéndez Pidal, el principal exponente de la escuela filológica española, conllevaba definir un rumbo y una orientación muy clara en lo relativo a las tareas que cumpliría el Instituto de Filología. El marco occidental primero y el español después serían los que presidirían, finalmente, sus preocupaciones en relación con la cuestión del idioma. Afirmaría Rojas entonces la necesidad de crear en la cultura argentina una firme conciencia idiomática que evitase la corrupción de la lengua. Definía a esta última como un fenómeno biológico de lentísima evolución y afirmaba con contundencia que el idioma era un elemento constitutivo de la nacionalidad. Aludía en este contexto a la necesidad de evitar dos riesgos: el de la “cristalización académica” y el de la “plebeya corrupción”.<sup>19</sup>

Un año después de aprobada la resolución por la que se creaba el Instituto de Filología —en la intervención en la que, además

---

<sup>18</sup> Ricardo Rojas, “Las relaciones intelectuales de Francia con la República Argentina”, reproducido en Patrice Vermeren, comp., *El espacio público de las ciencias sociales y humanas: el papel político y los paradigmas. Estudio comparativo Francia-América Latina*, Buenos Aires, Centro Franco Argentino de Altos Estudios-UBA, 2007, pp. xi-xvi; el artículo fue publicado originalmente en el periódico *Le Figaro en Argentina*, el 22 de noviembre de 1923.

<sup>19</sup> Rojas, “Discurso del decano al inaugurar el Instituto de Filología”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras* [n. 9], pp. 89-98.

de inaugurarlos, presentó al primer director, el filólogo Américo Castro— Rojas justificó su decisión de convocar a un especialista español. Señaló entonces que se habrían sorprendido quienes “mal me conocen” de que “yo, predicador tenaz de nacionalismo en Argentina haya ido a buscar afuera maestro y director para el Instituto de Filología”. Sin embargo, señalaba, “mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero sino que lo asimila” y, en relación con España, sostuvo “mi nacionalismo no excluye lo español puesto que lo considera fuente de argentinidad”.<sup>20</sup>

¿Se había modificado el plan original de Rojas en relación con el Instituto de Filología? ¿El acuerdo con Menéndez Pidal alteró las orientaciones y actividades previstas? Fernando Degiovanni y Guillermo Toscano y García han subrayado los cambios que es posible percibir entre la ya mencionada propuesta inicial y la orientación que finalmente resolvió imprimirle a sus actividades a partir de 1923, cuando inauguró el Instituto de Filología bajo la tutela de Menéndez Pidal y la dirección de Américo Castro, discípulo del primero e integrante del núcleo de investigadores del Centro de Estudios Históricos sito en Madrid.<sup>21</sup> Mientras en el proyecto original —han señalado los autores mencionados— el objetivo principal era el estudio del castellano vivo de Argentina, influido por las lenguas indígenas y las de los inmigrantes, junto con la renovación de la enseñanza de la lengua en colegios y escuelas para situarlo en consonancia con las nuevas tendencias científicas y didácticas, en 1923 afirmaría que la tarea fundamental del instituto era la caracterización, a través de las modernas herramientas de la filología, de la forma culta del español argentino. Esto conllevaba asumir una posición que limitaba el cambio lingüístico producido a partir del contacto del español con otras lenguas, en particular las derivadas de la inmigración. Finalmente, la orientación de la política de investigación del instituto, al menos hasta los años treinta, privilegiaría el estudio de las distintas vertientes y expresiones del español peninsular, relegando también, entre otras cuestiones, el estudio de las lenguas indígenas.<sup>22</sup>

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 89-98.

<sup>21</sup> Degiovanni y Toscano y García, “Disputas de origen” [n. 11], pp. 191-213.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 181-213.

Los debates y alternativas puestos en juego a la hora de definir las líneas principales de trabajo del programa del Instituto de Filología mostraban los caminos a partir de los cuales Rojas procuraba construir una tradición de estudios de las humanidades en Argentina desde su función de autoridad universitaria. Más allá de lo que es posible observar en sus escritos previos, donde parecen abrirse diversas alternativas, en sus pronunciamientos de los años veinte resulta evidente el esfuerzo por inscribir la enseñanza de las humanidades en una tradición occidental de fuertes raíces clásicas y, además, en estrecho vínculo con la herencia hispánica. En el discurso de inauguración de los cursos del año 1924 recordaría que, como consejero directivo, había participado del diseño de un nuevo plan de estudios de la facultad y, luego como decano, había estado comprometido con su aplicación. Desde su perspectiva, el plan tenía un rasgo característico y era la articulación del estudio de los problemas argentinos —expresados en disciplinas arqueológicas, históricas o del lenguaje— en el marco de una formación común de naturaleza humanista. Debemos señalar que esta estructura curricular contemplaba para las tres carreras principales de la institución —Filosofía, Letras e Historia— una base común que a su vez estaba cimentada en el conocimiento de la cultura clásica. El estudio de las lenguas antiguas, latín y griego, y sus literaturas, constituyeron a partir de entonces y durante varias décadas un rasgo central de la enseñanza de la facultad. Al inaugurar el curso de 1922 eligió, justamente para abrir el ciclo de clases, solicitar al profesor de Letras Griegas, Francisco Capello, que pronunciase un discurso. Daría Capello una lección sobre la importancia de las disciplinas clásicas que eran, señalaba Rojas, “las más caracterizantes de nuestra facultad”.<sup>23</sup> El estudio del griego y el latín constituía en “todas las facultades de Filosofía y Letras, su rasgo más característico, hasta el punto de ser el que tradicionalmente las individualiza como altas escuelas de humanidades”.<sup>24</sup> En una nota dirigida entonces a los profesores de estas asignaturas con el propósito de introducir modificaciones en su enseñanza, les solicitaba viesen en su comunicación “una simple expresión de la importancia que

<sup>23</sup> Ricardo Rojas, “Informe leído al inaugurar el curso de 1922”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras* [n. 9], pp. 15-21.

<sup>24</sup> “Encuesta del decano entre los profesores de griego y latín para la reforma de estas disciplinas”, en *ibid.*, pp. 172-177.

atribuyo a las disciplinas clásicas”.<sup>25</sup> De este modo asumía uno de los desafíos que lo inquietaban particularmente y que consistía en afrontar el modo de articular las funciones de la facultad en torno a la enseñanza y la investigación sobre los problemas nacionales con la herencia de la civilización grecolatina e hispana.

### *La extensión universitaria*

**ROJAS** no solamente postuló la necesidad de que la facultad se transformara en un moderno centro de investigación científica. También la extensión, desde su punto de vista, constituía una función central de la Universidad. En el volumen que recopiló gran parte de las resoluciones y ordenanzas sancionadas y discursos pronunciados durante su decanato señaló que al hacerse cargo de la facultad se había propuesto definir claramente su triple función en términos de docencia, investigación científica y extensión. Ya en las palabras de inauguración de los cursos de 1924 situó la obra de extensión que desarrollaba la facultad prácticamente en el mismo nivel de importancia que la científica y la de docencia.<sup>26</sup>

Un año después destacó también la laboriosa actividad de las aulas de la facultad en lo que concernía a la extensión. Recordó que aquellas se encontraban abiertas para quien deseara acudir a presenciar las clases, lo que permitía refutar a quienes acusaban a la institución de ser “un claustro doctoral, privilegiado y hermético”. Así, afirmaba que “nuestras fuentes de saber halláanse abiertas para la sed de todos”.<sup>27</sup>

El fomento a la extensión universitaria en la UBA se profundizó cuando Rojas asumió el rectorado en 1926. El incentivo a dichas actividades había constituido, además, una de las exigencias de los reformistas de 1918, quienes lo veían como un mecanismo de democratización del conocimiento en las universidades. Durante esos años Rojas iba a señalar en varios de sus escritos y discursos que el pueblo les exigía a las universidades modernas una mayor amplitud de servicios, invocando derechos de “cooperación económica” y de “justicia democrática” que era necesario extender. La extensión, en

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 172-177.

<sup>26</sup> Ricardo Rojas, “Informe leído al inaugurar el curso de 1924”, en *ibid.*, pp. 29-39.

<sup>27</sup> *Ibid.*

su perspectiva, se planteaba entonces en el marco de una reflexión sobre las mismas funciones de la casa de altos estudios, que no debía ser solamente un seminario de diplomados sino también un laboratorio de todas las especulaciones espirituales. Además, tenía que convertirse en el espejo de la nación y en un dinámico centro de divulgación de conocimientos dirigidos al conjunto de la sociedad. Más allá de los matices involucrados en estas definiciones sumamente amplias, para Rojas semejante función debía canalizarse a partir de una política que llevase a la masa social aquellos conocimientos susceptibles de difusión, y el medio por excelencia para hacerlo eran las conferencias públicas que gozaron de un notable dinamismo durante su rectorado.<sup>28</sup>

La mayor parte de las actividades de extensión que se impulsaron desde la Universidad a partir de los años veinte tuvieron como propósito fundamental la difusión de conocimientos generales sobre distintos tópicos, tanto científicos como humanísticos, a través de conferencias públicas. En principio se trataba más de una política de divulgación cultural y científica en términos amplios que de una estrategia orientada hacia la formación política y construcción de ciudadanía. Cabe hacer referencia entonces a los nuevos caminos que había tomado la extensión ya avanzada la década de 1920. Estos mismos rumbos estaban condicionados por un contexto social y político un tanto más armónico en el que las preocupaciones por la construcción de ciudadanía y el efecto de la extensión del sufragio habían quedado en un segundo plano. La extensión, tal como se había desarrollado con un fuerte dinamismo desde 1907 en la Universidad Nacional de La Plata, buscaba difundir conocimientos entre la comunidad con el propósito de fortalecer su formación ciudadana. Luego de la Reforma Universitaria, grupos ligados a los estudiantes o jóvenes graduados más radicalizados procuraron fortalecer esa orientación desarrollando actividades destinadas a la formación política de los trabajadores. Pero cuando Rojas asumió el decanato, y luego el rectorado, la situación ya era distinta. Se trataba de una sociedad más próspera en la que los conflictos sociales habían pasado a un segundo plano y que, sobre todo en el caso de Buenos Aires, estaba integrada por una amplia capa de

---

<sup>28</sup> Ricardo Rojas, “Extensión Universitaria”, en *id.*, *Discursos del rector*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1930, pp. 181-221.

sectores medios urbanos que disponían de recursos económicos y tiempo libre.<sup>29</sup> Estos grupos sociales fueron los principales destinatarios de la política de conferencias.

En 1926, el Consejo Superior le encargó a Rojas, ya por entonces rector, que asumiese la tarea de crear un instituto de extensión universitaria y servicio social. Un artículo de esta misma disposición lo facultó para incorporar a la UBA a uno de los organismos más activos en la organización de eventos y conferencias públicas del Buenos Aires de aquella época: el Museo Social Argentino. En agosto de 1927 dicha institución fue incorporada formalmente a la casa de estudios para servir de órgano de acción social y extensión universitaria. El museo debería, en este contexto, asumir las tareas de coordinación de la labor de extensión que hasta entonces habían desarrollado de manera independiente las facultades. También debía asumir la organización de congresos internacionales y contribuir a la difusión de la imagen de Argentina en el exterior. El museo había surgido, justamente en 1911, para estudiar la cuestión social y proponer soluciones al respecto. Lo había fundado un grupo de reformadores sociales encabezados por Tomás Amadeo con el propósito de proponer mejoras en las condiciones económicas y sociales de la población. Fue pensado inicialmente como centro de altos estudios y divulgación de los mismos, inspirado en el Museo Social de París, que databa de 1894, ya por entonces una institución reconocida en la organización de eventos públicos de naturaleza académica.

De todos modos, a pesar de la incorporación del Museo Social a la UBA, la extensión no se centralizó a partir de un único organismo, sino a través de la articulación de distintas unidades académicas con instituciones extrauniversitarias. Aquí fue clave, sobre todo, el papel de organizaciones que representaban a diferentes comunidades extranjeras y que se ocuparon de financiar, entre otras actividades, los viajes de destacados intelectuales y profesores de distintos países para que participasen como conferencistas en el ámbito de la UBA. Fue el caso de los ya mencionados Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, Institución Cultural Argentino-Germana, Instituto de Cultura Itálica e Institución Cultural

---

<sup>29</sup> Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.



Española. La actividad de estas organizaciones permitió la visita y las conferencias de figuras internacionalmente reconocidas en sus disciplinas, desde Albert Einstein hasta Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, el historiador francés Raymond Ronze o el antiguo ministro de Educación de Prusia, Otto Boelitz. En estas conferencias se exponían temas diversos como los relacionados con la salud, históricos, reflexiones sobre el desarrollo artístico, tendencias del derecho, problemas de política internacional, cuestiones económicas y fiscales.

### *Rojas y la Reforma Universitaria*

LA obra y las acciones de Ricardo Rojas, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en la UBA, no se agotan en la descripción que acabamos de realizar. Su gestión en términos académicos fue amplia y profunda, acompañando e impulsando cambios sustantivos en las prácticas universitarias. Incidió, entre otros aspectos, en la modificación del cuerpo docente, sobre todo de la Facultad de Filosofía y Letras, al permitir la incorporación de una generación de jóvenes profesores y la introducción de las prácticas de extensión universitaria; también, como hemos señalado, profundizó los procesos de articulación de la UBA en una red global de intercambio de académicos y, secundariamente, de estudiantes. Procuró, sobre todo en el ámbito de su facultad, afianzar una carrera académica estableciendo sólidos vínculos entre la designación de profesores suplentes y la posibilidad, a partir de esta condición, de integrar la terna en base a la cual el Poder Ejecutivo designaba a los titulares. Además, impulsó el otorgamiento de becas para que los egresados de la UBA pudiesen seguir estudios en el exterior. Durante su decanato defendió los derechos de los egresados de la facultad para ser nombrados como profesores en las escuelas secundarias. Esta última cuestión había constituido un antiguo reclamo de sus graduados, que tenían que competir con profesionales liberales y con quienes contaban con recomendaciones de comités políticos para acceder a las cátedras, pero también con los egresados del Instituto Nacional del Profesorado. Asimismo, Rojas se preocupó por crear nuevas ramas de estudio en la facultad y con ese propósito fundó una escuela de formación para archiveros y bibliotecarios. Quizás

su fracaso principal radicase en la imposibilidad de obtener para aquélla un edificio propio —compartía por entonces un espacio junto al rectorado de la institución— a pesar de algunos primeros ensayos exitosos en ese sentido. Tal fracaso expresaba quizás, una vez más, los límites del poder e influencia que una institución como la Facultad de Filosofía y Letras podía ostentar en el seno de la UBA.

Como señalamos al comenzar este texto, el análisis de la gestión de Rojas, tanto en el decanato como en el rectorado, no puede cumplirse sólidamente sin tener presente el marco reformista en el que se llevó a cabo. Ambas gestiones se desarrollaron durante los años de auge de las normas e instituciones emanadas de la Reforma de 1918, que ingresarían en una profunda crisis y serían abiertamente cuestionadas en el clima mucho más conservador de los años treinta. De todas formas, como ha subrayado Graciela Ferrás, el vínculo entre Rojas y el reformismo universitario no estuvo exento de tensiones.<sup>30</sup> Nuestro personaje consideró, en alguna oportunidad, que los reclamos de los estudiantes a favor, entre otras medidas, de una mayor participación en el gobierno de las casas de altos estudios podían comprenderse en el marco de las arcaicas prácticas imperantes en la Universidad de Córdoba, pero eran desestimables en contextos más modernos y avanzados como los de Buenos Aires y La Plata. En esta última universidad, Rojas mantuvo un conflicto abierto con los estudiantes —aun cuando había defendido algunas de las medidas que ellos procuraron introducir— que en 1921 provocó la renuncia indeclinable a las cátedras que allí impartía.

Pero de todas formas Rojas terminó por convertirse en un firme defensor de esa tradición que a lo largo de la década de los veinte fue incorporando, además, la defensa de la autonomía universitaria como uno de sus motivos esenciales. Las instituciones reformistas iban a ser fuertemente cuestionadas desde sectores ligados al nacionalismo conservador. Las críticas se volverían progresivamente más intensas a medida que transcurrían los años veinte. Las resistencias a la Reforma se harían notar en múltiples planos, pero las relativas a la creciente influencia de los estudiantes en la vida universitaria fueron posiblemente las que concitaron la mayor atención. Rojas se vio obligado a intervenir durante su rectorado en varias con-

---

<sup>30</sup> Ferrás, *Ricardo Rojas* [n. 1], pp. 193ss.

troversias que, de una u otra manera, reconocían su origen en las innovaciones introducidas por la Reforma. En octubre de 1926 un severo conflicto se suscitó en la Facultad de Medicina cuando el Consejo Directivo, a instancias de figuras de gran influencia como Bernardo Houssay, resolvió limitar el ingreso de nuevos alumnos. Esta medida generó el rechazo estudiantil. La disposición fue analizada en el Consejo Superior, donde se discutió su derogación. Las posiciones quedaron empatadas y Rojas finalmente terció permitiendo que fuese dejada de lado la resolución. En este caso defendió la idea de que medidas de esa naturaleza debían ser de competencia del Consejo Superior. En algún sentido implicaba también defender la idea de la Universidad como un organismo cultural integral más allá de las facultades. La renuncia posterior de las autoridades de la Facultad de Medicina obligó a Rojas a intervenirla. Más adelante medió en un conflicto en la Facultad de Derecho provocado por un sector del estudiantado reformista, que se opuso a una serie de conferencias organizadas en acuerdo con el ministro de Guerra. En ambos casos fue evidente el apoyo de Rojas, quizás un tanto más firme en un caso y moderado en el otro, a las posturas reformistas.

Fueron así manifiestos los pronunciamientos de Rojas acompañando las determinaciones que, en el ámbito de las facultades o del Consejo Superior de la UBA, adoptaron los sectores que sostenían las tradiciones de 1918. Defendió los principios que el movimiento originado en Córdoba había inaugurado tanto en la UBA como en las otras universidades del país y que consistían en un proceso de democratización del gobierno y de mayor participación en las decisiones de quienes habitaban los claustros. La Reforma le otorgó un tono plebeyo a la vida universitaria. Pero aun así fue acompañada por un núcleo relevante de universitarios que aspiraban a que el movimiento de 1918 pudiese introducir cambios sustantivos en la orientación de las casas de estudios, otorgándoles además un papel central en la vida cultural y científica del país y relegando a las orientaciones profesionalistas que el mismo Rojas había cuestionado en sus primeros escritos sobre el tema. Sin embargo, la Reforma cumplió limitadamente con estas expectativas. Predominaron finalmente las transformaciones de tono más bien político e institucional. A medida que transcurrían los años, muchos

antiguos partidarios de la Reforma, ahora autoridades, expusieron sus disidencias al menos parciales con algunos aspectos de los rumbos que tomaba la vida universitaria.

Rojas no fue en este sentido una excepción y expresó, en más de una oportunidad, sus reservas frente a las consecuencias que había generado la introducción de las normativas y prácticas reformistas. Es importante tener presente que, a medida que avanzaban los años veinte y luego los treinta, diferentes figuras identificadas con los ideales del movimiento originado en Córdoba expresarían, en distintos tonos y matices, sus objeciones, en particular por el modo en que la dinámica política y sobre todo electoral contaminaba las prácticas académicas. Las inquietudes de Rojas, en ese sentido, fueron expuestas al asumir el decanato. Entonces señaló que las funciones del gobierno universitario no debían convertirse en “pitanzas que se tomen por la violencia porque sería entregarlas a la audacia”, pero tampoco “canonjías que se alcancen por la intriga porque sería entregarlas a la mediocridad”. Por eso sostenía que, para que la Reforma Universitaria pudiese rendir frutos saludables, era necesario practicarla “con la austeridad que ella supone en los electores y en los elegidos”.<sup>31</sup>

Nueve años después, al entregar el rectorado de la Universidad, en el marco de una crisis política nacional cuyos rasgos centrales podían ya entreverse, su perspectiva sobre las consecuencias de la Reforma era aún más crítica. Allí subrayó las dificultades que entrañaba la construcción del gobierno de la UBA debido al “régimen de elección y de publicidad que el estatuto prescribe”. Si bien celebraba que la Reforma hubiese permitido terminar con los “rectorados patriarcales” expresaba su deseo de que terminase también la etapa de los “rectorados electores”, ya que el rector debía ser “no un condotiero electoral, sino el desinteresado jerarca de toda la institución”.<sup>32</sup>

Además, en este mismo discurso, proponía una lectura de la Reforma que valoraba positivamente otro tipo de transformaciones que la misma había provocado en la vida universitaria. La Uni-

---

<sup>31</sup> Ricardo Rojas, “Discurso inaugural”, en *id.*, *Facultad de Filosofía y Letras* [n. 9], pp. 3-11.

<sup>32</sup> “Discurso del doctor Ricardo Rojas”, en *Discursos pronunciados por el Dr. Ricardo Rojas e Ing. Enrique Butty en la transmisión del Rectorado el 1° de Marzo de 1930*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, pp. 5-15.

versidad argentina, sostenía, se encontraba inmersa en un ciclo de “verdadera revolución”. En ese marco prefería situar en el centro de su argumento la capacidad del movimiento de 1918 de transformar la orientación misma de la vida universitaria. Desde su perspectiva, la Reforma había logrado desplazar el “móvil egoísta y técnico de las profesiones” por el “altruismo desinteresado y filosófico de la cultura”. Pero finalmente también aquí se veía obligado a sostener la legitimidad de las instituciones de la Reforma frente a sus críticos: “que el voto de los estudiantes dé lugar a abusos, bien lo sabemos, pero también lo daba en otro tiempo, el voto exclusivo de los profesores”.<sup>33</sup>

### *Reflexiones finales*

Es imposible pensar en la trayectoria de Ricardo Rojas sin tener presente su condición de actor central de la vida universitaria argentina de la primera mitad del siglo xx. No fue sólo una figura relevante en este sentido por su condición de decano o rector de la UBA sino también por la agudeza de sus reflexiones sobre la institución universitaria. En este sentido, sus preocupaciones estaban ancladas en una mirada más amplia sobre los procesos educativos y sobre los límites del sistema de instrucción formal, básicamente el primario, en relación con la construcción de la nación. La inquietud de Rojas sobre la marcha de las instituciones educativas se vinculaba con las trabas que, desde su perspectiva, encontraba Argentina para construir una auténtica comunidad nacional unida por lazos culturales y espirituales.

La Universidad ocupó un lugar destacado en los escritos de Rojas desde fines de la primera década del siglo. Sus reflexiones al respecto aparecían ya en *La restauración nacionalista*. En 1914 profundizó algunas de estas ideas en las conferencias dictadas en la Universidad Nacional de Tucumán. A partir de 1921 tuvo la posibilidad de encauzar sus ideas en la gestión académica a partir de su designación primero como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y luego como rector de esta misma a partir de 1926.

Creemos que el examen, aún limitado y superficial, que hemos llevado a cabo en este estudio permite advertir algunas de las mo-

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 5-15.

dalidades con que esas ideas se pusieron en práctica, los motivos o pliegues que incorporaron en su puesta en marcha y los límites y tensiones que recorrieron esa misma gestión. La construcción de la nacionalidad exigía la creación y luego la difusión de un corpus de conocimientos sobre la literatura, la historia, la geografía o el idioma nacional. Esto requería a la vez impulsar la investigación en tales áreas, y Rojas la incentivó desde su decanato a partir de la creación de institutos de investigación. Los de Literatura Argentina y Filología han desempeñado, incluso hasta hoy, un papel extremadamente significativo en el desarrollo de ambas áreas disciplinares. El programa del Instituto de Filología —articulado a partir de los vínculos con la escuela de filología española, consistente por otra parte con la estructura curricular de la facultad— mostró cambios significativos en relación con los proyectos originales de Rojas, presentados antes de asumir el decanato, revelando posiblemente los límites que estas mismas iniciativas encontraban a la hora de su puesta en marcha.

Rojas fue un activo promotor de la institucionalización de la actividad científica y, al mismo tiempo, de la extensión universitaria, asumida en este caso con un sentido de divulgación científica y cultural y que se desarrolló además en el marco de una sociedad próspera como era la del Buenos Aires de los años veinte. Esto implicó dejar de lado un modelo previo centrado sobre todo en la difusión de los valores cívicos. Durante el decanato y el rectorado de Rojas, la extensión fue articulada con una política activa de inserción de la UBA en una red global de circulación de académicos de distintas nacionalidades, por lo general, y predominantemente europeos.

Finalmente, cabe destacar que Rojas fue un firme defensor de los principios de la Reforma Universitaria que democratizó el gobierno de las casas de estudio y otorgó un papel central en él a los estudiantes. Aún así, también manifestó sus reservas por el modo que las prácticas electorales que signaron la vida universitaria desde entonces afectaron los equilibrios entre las dimensiones política y académica. El itinerario de Rojas durante esos años permite advertir, en definitiva, las tensiones originadas en los proyectos de transformación de las casas de altos estudios y su puesta en marcha en el complejo mundo universitario argentino posterior a la Reforma de 1918.

RESUMEN

Ricardo Rojas (1882-1957), figura clave de la primera mitad del siglo xx argentino, fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras y rector de la Universidad de Buenos Aires en la década de 1920. Impulsó la creación de institutos de investigación, la extensión universitaria y la inclusión de dicha casa de estudios en una red internacional de académicos y profesores universitarios. No obstante que apoyó el movimiento de la Reforma Universitaria, criticó las prácticas de elección que ésta propiciaba.

*Palabras clave:* función de la Universidad, extensión universitaria, Reforma Universitaria de 1918, Instituto de Literatura Argentina, Instituto de Filología, nacionalismo argentino.

ABSTRACT

Ricardo Rojas (1882-1957), a key figure in Argentina in the first half of the 20<sup>th</sup> century, was dean of the Faculty of Philosophy and Literature and rector of the University of Buenos Aires in the 1920s. He advanced the creation of research institutes, University extension, and the inclusion of the UBA in an international network of University scholars and professors. Despite supporting the University reform movement, he criticized the electoral practices it favored.

*Key words:* role of the University, University extension, 1918 University reform, Argentinian Literature Institute, Philology Institute, Argentinian nationalism.